

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

LAS METÁFORAS

V.S. Ramachandran es un neurólogo que se ha especializado en patologías sorprendentes. Hace años leí *Fantasma en el cerebro*, y ahora acaba de publicar *The Tell - tale Brain*. Uno de los extraños casos que estudia tiene que ver con la metáfora. Transcribo su texto: “Una lesión cerebral dejó al enfermo parcialmente paralizado del lado derecho, pero sólo una pequeña parte de sus funciones intelectuales quedó dañada. Podía mantener una conversación razonablemente bien. Durante unas

pruebas le preguntamos qué significaba el proverbio: “No es oro todo lo que reluce”. “Significa que no todo lo amarillo y brillante es oro”. “¿Puede sacar de ello alguna enseñanza?”. “Sí, que hay que tener mucho cuidado cuando se va a una joyería a comprar algo”. El enfermo era incapaz de entender el significado simbólico de la expresión. Ramachandran llama a este trastorno “ceguera para la metáfora” y da tanta importancia a este modo de manejar la información que se pregunta si la evolución ha producido en el cerebro humano un centro para las metáforas. Es verdad que se trata de una operación de gran complejidad.

Una metáfora –no voy a entrar en precisiones lingüísticas– es el reconocimiento de una identidad o semejanza entre dos cosas diferentes. “Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir”. La comprensión de la metáfora supone

descubrir el fundamento sobre el que se basa esa identificación. Si una persona interpreta el verso de Jorge Manrique como “el mar es el morir porque uno se ahoga” o “la vida es como el río porque el agua es muy sucia” decimos que no ha sabido entender lo que el poeta ha querido decir. Creo que nuestro amor por las metáforas revela una propiedad fundamental de nuestra inteligencia. La habilidad y la obsesión por encontrar parecidos o, dicho en términos más técnicos, la búsqueda de patrones, es una gran astucia, porque nos permite ampliar nuestro conocimiento, aprovechar en unos casos lo que he aprendido en otros, ver una cosa a partir de otra para descubrir aspectos nuevos. La ciencia debe una parte de su creatividad a esta fuente de sugerencias que es la metáfora. Newton vio caer una manzana y se le ocurrió una metáfora: la Luna es una manzana. Y como ella, debería caer. ¿Y por qué no cae? ¿Qué la sostiene en el aire detenida?

NOS GUSTA ENCONTRAR PARECIDOS OCULTOS; LA CIENCIA DEBE UNA PARTE DE SU CAPACIDAD CREATIVA A ESTA FUENTE

Gracias a él, ustedes ya lo saben: a la gravedad universal. Otras metáforas científicas se han hecho famosas: el átomo es un sistema solar en miniatura, el universo es un reloj que necesita un relojero, los genes son egoístas y sólo quieren reproducirse. Incluso algunas metáforas se han convertido en conceptos comunes, un recurso llamado catacreción,

que utilizamos al decir “pata de la mesa”, “falda de la montaña”, “energía oscura”, “contaminación luminosa”, etcétera.

Nos gustan las metáforas porque nos gusta encontrar parecidos ocultos. Ya lo dijo el viejo Aristóteles: las metáforas provocan el placer de conocer. Una metáfora es un enigma que nos propone el autor, algo oculto que se nos revela cuando la comprendemos. Son como adivinanzas. “Un horizonte de perros ladra muy lejos del río”; “Un cielo grande y sin gente lleva en su globo a los pájaros”. La realidad se desdobra, se disfraza, se desvela, se revela y toda esa existencia aumentada despierta en nosotros la euforia de la posibilidad. ¿Quién no ha querido alguna vez vivir en una metáfora? El cielo, por ejemplo. ■



Raúl